

# LA SANTA CASA DE CARIDAD

Y

DON MIGUEL DE MAÑARA

*Para Angel J. Battistessa.*

Cuando desembocamos en la antigua calle del Carbón, camino de la Casa de Mañara, nos enfrentamos con la llamada Torre de Plata, encajada entre vetustos caserones. Pero antes de encaminarnos a la venerable casona, nos asomamos hasta el moderno Paseo de Colón, porque nos sugestionan, con su airosa traza, la llamada Torre del Oro. Ya enfrente a los muelles, evocamos los lugares históricamente. Allí, en el moderno emplazamiento del Instituto de Historia de Cuba, advertimos la silueta del que fuera convento de Santa María de la Victoria y lo vivimos en su hora inmortal. Junto al muelle de las Muelas, una multitud de naos se balancea al compás del agua. Los botes repletos de curiosos cruzan constantemente el Gualdaquivir para presenciar la salida de los valerosos marinos que, a las órdenes de Magallanes y de Elcano, van a iniciar la denodada empresa.

Más adelante se ubicaban — pura imaginación — los torreonnes del viejo castillo moruno de Triana, convertido en inquisitoriales cárceles, y allá, donde ahora surgen elevadas chimeneas de fábricas, el antiguo monasterio de Nuestra Señora de las Cuevas, que se une en el recuerdo al Primer Almirante de las Indias, Don Cristóbal Colón.

Sobre nuestra banda, la Puerta del Arenal, colegio de pícaros y truhanes en tiempo de los galeones indianos, que en las horas en que atardece, mientras el sol se hunde en el caserío de

Triana recortando vigorosamente los altos mástiles de las modernas embarcaciones, vemos vivir en otras horas y otros días.

Lope de Vega, en su comedia *El Arenal de Sevilla*, por boca de Doña Laura, nos pinta lo que era ese lugar en su tiempo:

Famoso es el Arenal.

.....  
 No tiene, a mi parecer,  
 Todo el mundo vista igual.  
 Tanta galera y navío  
 Mucho al Betis engrandece.

.....  
 Lo que es más razón que alabes  
 Es ver salir destas naves  
 Tanta diversa nación,  
 Las cosas que desembarcan,  
 El salir y entrar en ellas,  
 Y el volver después a vellas  
 Con otras muchas que embarcan.  
 Por cuchillos el francés,  
 Mercerías y Ruán  
 Lleva aceite; el alemán  
 Trae lienzo, fustán, llantés;  
 Carga vino de Alanís.  
 Hierro trae el viscaíno,  
 El cuartón, el tiro, el pino;  
 El indiano, el ambar-gris,  
 La perla, el oro, la plata,  
 Palo de campeche, cueros.  
 Toda esta arena es dineros.

Al vario concurso que Lope hace intervenir en el desarrollo de dicha comedia, fáltale la figura del maestro de esgrima que daba lecciones públicas en ese lugar, donde rodeado de bravos de profesión, rufianes, moriscos, indios, mulatos y negros, demostraba — al decir de Gestoso y Pérez — "las excelencias de la espada blanca o de la prieta". Mientras se desarrollaba la lección ante el concurso de alumnos ocasionales, la amplia capa del maestro, sobre la que caían los maravedises de los

admiradores, se hallaba extendida en el suelo. El esgrimidor trazaba sobre el terreno, donde iba a ejercitarse, una circunferencia con la punta de la espada. A diestro y siniestro, acosaba luego a su imaginario contrincante; con gran soltura y agilidad paraba golpes, daba pasos atrás, avanzaba resuelto, para tirarse por fin a fondo ante los aplausos del concurso.

¡Cuántos conquistadores en cierne dieron en el Arenal su primera lección de esgrima!

Al internarnos por la calle Núñez de Balboa, siempre viviendo el pasado, en una cercada plazuela, sobre sencillo basamento, se yergue una figura, muy siglo XVII. Lleva tocada la cabeza con ancho sombrero flamenco, se cubre de ropilla, amplios bombachos y medias altas, a la par que el espadín se recoge hacia atrás, envuelto entre la capa que lleva arras-trando. La figura se encorva bajo el peso de un anciano que sostiene en los brazos: estamos ante la efigie de Don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca. La historia lo niega por falta de pruebas escritas, pero la tradición lo señala como la encarnación de Don Juan Tenorio. Al entrar en la Santa Casa de Caridad donde reposan sus restos, no digamos a la ingenua monjita que ha de acompañarnos en el recorrido lo que pensamos del fundador. Esa visita perdería su encanto.

Se ubica la Santa Casa de Caridad en la calle de Temprado, y se aprisiona entre la Maestranza de Artillería y la vieja casona de la Aduana.

Avanzando por la calle, se advierte un pequeño muro, sobre el que se levanta una verja de hierro: detrás erectas y vigorosas palmeras; en seguida, la sencilla fachada de dos cuerpos. En la parte superior del arco adintelado de la puerta, leemos, cortada por un crucifijo, esta inscripción: *Santa Caridad Domus Pauperum Scala Coeli*. Pero antes de entrar en la Casa a la que Don Miguel de Mañara dedicó la segunda parte de su vida, conviene retroceder unos siglos para saber valorarla y gustar del añejo sabor que tienen sus cosas y sus leyendas.

En la biografía de Mañara, publicada en 1680, por el P. Juan de Cárdenas, de la Compañía de Jesús, se escribe que cuando se propuso el ingreso de aquél como cofrade de la Hermandad, hubo alguna resistencia entre los asociados. Pero una

vez admitido fue tanta la virtud con que desarrolló sus actos, que al siguiente año de su incorporación los mismos que se negaron a concederle el ingreso lo propusieron para Hermano Mayor, cargo para el que resultó elegido en el día de la Navidad de 1662, y en el que continuó después por sucesivas reelecciones hasta su fallecimiento, ocurrido el 9 de mayo de 1679. Durante su actuación en dicho cargo agregó a las obligaciones de la Hermandad, que eran las de enterrar a los ajusticiados, ahogados y pobres de solemnidad, el dar asilo a los forasteros y vecinos pobres de Sevilla, con cena, cama y fuego para calentarlos en el invierno. Siguiendo el ejemplo de Mañara, se asociaron en la Caridad muchas personas de la nobleza de Sevilla, cuyo hecho dió margen a que atacasen a la institución dos eclesiásticos y un seglar, acusando a los hermanos, como escribe Mañara, que "andábamos por las calles con las andas vacías, cubiertas con el paño, sin haber en ellas difunto, engañando al pueblo sólo por juntar limosna: que eramos origen de que hubiese ladrones y cicateros, y de que las mujeres no trabajasen ni sirviesen, por las limosnas que hacíamos: que los ajusticiados harían delitos por ser enterrados con tanta estimación; como si la que nosotros le dábamos fuera al ajusticiado y no a quien representa en cuanto pobre". Posteriormente, en vista de que los enfermos, que llamaban *noli me tangere*, o sea, tuberculosos, leprosos y paráliticos, no eran admitidos en los hospitales de la ciudad, resolvió hospedarlos en la Caridad, construyéndoles un hospicio especial, en donde eran atendidos con suma humildad por los hermanos a quienes tocaba, por turno, esa misión.

\*

En 23 de enero de 1616, el P. fray Juan Gómez presentaba al Consejo de las Indias una relación de los religiosos de la Orden de la Merced que con él se embarcaban para Santo Domingo. Entre ellos figuraba Gabriel Téllez, conocido en el mundo de las letras por Tirso de Molina, y como asegura doña Blanca de los Ríos de Lámperez, en virtud de sus estudios sobre los orígenes discutidos de este dramaturgo, al parecer hijo bastardo del Duque de Osuna, nacido hacia 1584, y

a la sazón, como dice la relación citada, publicada por el P. fray Pedro Nolasco Pérez, "de edad 33 años, frente elevada [y] barbinegro". Se supone el regreso de Tirso de Molina a España en 1618, y en ambas ocasiones, en la ida y en la vuelta de las tierras indianas, aposentóse en el Convento que los Padres de la Merced tenían en Sevilla, hoy convertido en Museo Provincial de Arte, y en el cual figuran expuestas actualmente las obras que pertenecieron a esta comunidad, entre las cuales señalaremos de paso un óleo del maestro de Velázquez, en que se ve al fundador de la Orden, San Pedro Nolasco, en el momento de embarcarse para redimir cautivos, camino a las atrayentes y sugestivas Indias Occidentales. Nos referimos a Francisco Pacheco, que en la época en que se embarcara Tirso de Molina, era ya famoso por su gran erudición y su admirable cultura, de la que es muestra el *Arte de la Pintura*, impreso en Sevilla en 1649, y que, como retratista fiel y real, nos ha dejado el *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, de los cuales nos legó también sus biografías a más de sus efigies, trazadas con enérgica soltura.

Hacia 1630 aparecía en Barcelona la obra de Tirso de Molina, cuya influencia en obras teatrales posteriores del mismo corte no es discutible: hemos aludido a la comedia *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, que ya se había representado en diversas ciudades españolas por la compañía de Roque de Figueroa, muchos años antes de su impresión.

Es decir que Don Juan Tenorio se divulgaba en escena antes de que la leyenda surgida posteriormente señalara a Don Miguel de Mañara como protagonista viviente de sus hazañas.

Mañara nació en solariega casona de ornamentada portada, en la antigua calle de los Levíes, el 3 de marzo de 1627, así es que, en 1618, cuando Tirso de Molina regresara de las Indias, aún no había nacido, y cuando la obra del dramaturgo ya estaba bastante divulgada por los corrales o casas de comedias, recién veía la luz el gran benefactor de la Santa Casa de Caridad. Pero oigamos lo que dicen algunos autores sobre la primera parte de la existencia de Mañara.

Antonio de Latour nos refiere que su juventud fue borrascosa "mas los historiadores de su vida, tan minuciosos para

todo lo relativo a sus buenas obras... guardan un silencio casi completo sobre los extravíos de sus primeros años — y agrega: — lícito es deducir de esto, que Miguel de Mañara se entregó a las mismas pasiones que el otro D. Juan; sobre todo al orgullo y a la sensualidad"; y Francisco de Borja Palomo nos cuenta que "pasó, sin duda, el primer tercio de su vida entregado a las pasiones y devaneos de la juventud, y por más que sus biógrafos callen sobre este punto, esa creencia ha dado lugar a que se refieran por el vulgo varios hechos escandalosos que se le atribuyen, y otros sobrenaturales acerca de su conversión, sin que ningunos merezcan crédito a los ojos de la sana crítica por carecer de sólido fundamento", y para José Gestoso y Pérez, despertó Mañara "al fin del letargo en que sus malas pasiones lo habían sumido y a consecuencia, — escribe — según afirman algunos de sus biógrafos, de la muerte de su virtuosa mujer Doña Jerónima Carrillo de Mendoza, Señora de Benaohan y Montejaque, quiso trocar al fin lo efímero y mundanal por lo eterno y divino y desde entonces encaminó sus pasos todos por el espinoso sendero de la abnegación, del sacrificio y de la más ardiente caridad".

Vemos, pues, no obstante lo vulgarmente admitido, que las hazañas de este tipo de hombre rico, joven, audaz, valiente y temerario, fueron llevadas a la escena antes que la leyenda señalara a la posteridad un protagonista viviente. Sin duda Mañara en sus andanzas reencarnaría al Don Juan del *Burlador de Sevilla*. El mismo, dejando de lado las leyendas que se le atribuyen, se abismaría en hondas meditaciones en la soledad de su espíritu, al conocer en la obra de Tirso de Molina el fin del hombre con quien se veía alguna semejanza, y en sus oídos resonarían, a veces, las palabras del *Burlador*:

¿Eso dices? ¿Yo temor?  
Si fueras el mismo infierno  
la mano te diera yo.

Y después, al reflexionar sobre su triste fin, cuando lo adivinaba en sus alucinaciones — morir entre llamas, — oiría aquellas otras, dichas entre lastimeros sollozos:

¡Que me quemó! ¡Que me abrasó!  
Muerto soy.

Y también el misterioso romance que asustó a Catalinón, testigo en la entrevista de Don Juan con la estatua de Don Gonzalo:

Adviertan los que de Dios  
juzgan los castigos grandes,  
que no hay plazo que no llegue,  
ní deuda que no se pague.

Asceta en la segunda parte de su existencia, se consagró Mañara de lleno al cuidado de los enfermos y los pobres, a quienes llamaba "sus amos y señores" y a las profundas meditaciones de su *Discurso sobre la Verdad*, pero, a la inversa del personaje creado por Tirso de Molina, murió en olor de santidad, dejándonos, en virtud de sus indicaciones y consejos, su amigo, el insigne pintor Juan de Valdés Leal, sus lienzos incomparables: las *Alegorias de la muerte*.

\*

Ya conocemos al hombre que elevará la Casa que vamos a recorrer; al hombre cuya vida, en su primera parte, se pierde en leyendas de amoríos y estocadas.

Después de avanzar sobre el pequeño zaguán de acceso, nos acercamos a una puerta interior de madera; sobre un ángulo de la misma pende un arcaico aldabón, con el que damos varios llamados. Casi automáticamente gira sobre sus goznes la puerta, y un anciano, vestido con el sencillo traje de los asilados, inquiere por nuestra presencia. Le explicamos el motivo, que es el de visitar la Santa Casa, y, después de indicarnos que va en busca de la hermana portera, se aleja de nuestro lado.

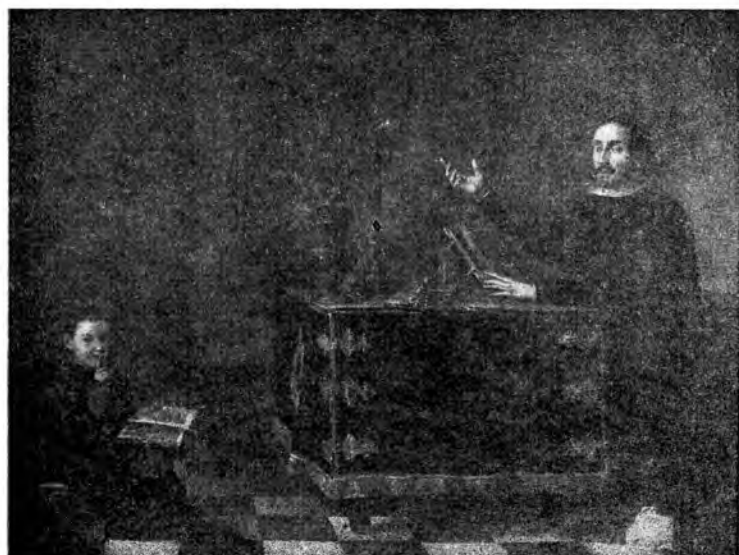
Una cara de mujer joven, encajada dentro de una blanca toca, viene hacia nosotros, con una dulce sonrisa, pronunciando la salutación del ángel: *Ave María Purísima*, que nosotros respondemos hasta completarla.

—Pasen vuesamercedes — nos dice con dulce acento. — ¿De-sean visitar la casa de los pobres?

—Sí, hemanita — respondemos. Y desde aquel momento la humilde monja, la hermana portera, será nuestro cicerone.

Nos hallamos ante una galería que divide dos amplios patios, de blancura inmaculada, cercados de columnas de mármol que se abren en airosos arcos peraltados: en el fondo, se extienden las salas de los asilados. De allí nos encamina nuestro cicerone a un diminuto jardín rodeado por pequeñas verjas, en el que advertimos unos hermosos rosales, cubiertos de flores. —Son — nos dice la hermana portera — los mismos que el Venerable Don Miguel de Mañara plantara en 1671. — Y lo afirma señalándonos una lápida, que se colocó en 1802, con referencia al expediente que se elevara para la beatificación y canonización. Al subir la escalera que nos lleva a la parte superior del edificio, señala la hermanita un cuadro, colocado en el primer descansillo, que representa *Las edades de la vida*, sobre el que nos hace algunas reflexiones, al señalarnos el comienzo y el fin de nuestro tránsito por la tierra. En la galería superior, vemos una larga lista de nombres de personas que fueron cofrades de la Hermandad, y leemos, entre ellos, el del ex gobernador de Buenos Aires, Francisco de Bucareli y Ursua. En seguida nos encontramos en el interior de la sala del Capítulo, llena de recuerdos de Mañara, cuyo retrato, ejecutado por Valdés Leal, la preside desde el testero, donde se sitúan los directivos de la Hermandad en sus cabildos. En ese cuadro, Mañara “viste — como dice Alejandro Guichot, en su admirable ensayo *Del notable retrato de Mañara que hizo Valdés Leal* — casquete de paño negro, jubón sencillo con hilera de botoncillos delante y golilla blanca, manto también negro con la cruz roja de Calatrava”. Para Beruete y Moret en su estudio sobre Valdés Leal: “Aquella figura es algo más de lo que a primera vista parece. No es sólo el retrato de Mañara, es su espíritu, el espíritu que fundó la Caridad, es el desengaño, el pesimismo llevado a su más alto grado. Es aquello de una tristeza abrumadora”. Su cara es alargada, ejecutada con pálidas entonaciones, que le dan aspecto de enfermizo, sus ojos grandes y negros, coronados por espesas cejas, nariz aguileña y bigotes negros caídos a los lados, con





DON MIGUEL DE MAÑARA. CUADRO DE VALDÉS LEAL.

barba y pera que cercan su rostro. De los accesorios que complementan el cuadro, ejecutado con crudo y viril realismo, vamos a prescindir, para no ser excesivamente prolijos en estas líneas, ya que, por otra parte, han sido estudiados en forma notable en las dos obras arriba citadas. Supone Gestoso y Pérez que el retrato fue pintado después de la muerte de Mañara. "Valdés, quizá por algún apunte o boceto que hubiera hecho de él en vida, o tal vez recién fallecido, pudo pintar el hermoso retrato cuando conservaba vivos en su mente los rasgos fisionómicos de su amigo y protector, el cual, dado su carácter y profunda humildad, es seguro que no se habría prestado a servir de modelo para un cuadro en que aparece presidiendo un cabildo de la Hermandad, ni menos consentido la figura de un niño que impone silencio a todos mientras él hablaba. Tales distinciones, que podrían halagar la vanidad de otros, no se compadecen con el espíritu austero y humilde del varón insigne".

Terminada la visita de la Casa de Caridad, pasamos a la iglesia anexa, reparando en su frontis que es de sencillo aspecto, y en el que se destacan adheridos grandes cuadros de azulejos, pintados de cobalto oscuro, por hábiles artífices trianeros, según los dibujos, y bajo la dirección de Murillo. El corte de la iglesia es de tipo greco-romano. Consta de una sola y alargada nave, que termina en un pesado retablo que ocupa el altar mayor, donde se destaca *El entierro de Cristo*, obra del insigne imaginero Pedro Roldán, padre de la célebre Roldana, cuyas obras exornan muchos altares en las iglesias de Andalucía. *El entierro de Cristo* es un alto-relieve, tallado en madera y coloreado con singular precisión. La figura principal es la del Redentor, tendido sobre una estilizada sábana que cubre casi toda la parte baja del mismo, detrás un grupo de personajes que le rodean, diseminados hábilmente, y en el fondo, suavemente retocado, el calvario que se esfuma con la lejanía.

Para el exorno de esta iglesia recurrió Mañara a grandes artistas de su época, entre ellos a Murillo, que a más de los grandes lienzos, sobradamente conocidos, como *El milagro de las aguas de Moisés* y *El milagro de Jesús de los panes y peces*,

pintó un gran número de telas que se encaraman por los muros y altares de esta iglesia.

Como en las ocasiones anteriores, la hermana portera descortea con prontitud la cortinilla que cubre dos de los lienzos maestros de la pintura española, sin rivales, por su hondo significado filosófico, en el arte universal: los cuadros de Juan de Valdés Leal, conocidos por las *Alegorías de la muerte*. Alejandro Guichot, en su sólido e interesante estudio sobre los mismos, considera que es ajustado el nombre por los cuales son conocidos ambos lienzos, a los que se les puede llamar también los *Jeroglíficos de la muerte*, pero que separadamente debieran ser citados así: "El cuadro *Finis gloriae mundi*, gráficamente es una cripta-pudridero, con cadáveres distinguidos, féretros, fosa y montones de huesos, y en su espacio alegorías de los pecados y de las penitencias; e idealmente representa la Muerte del Individuo con todos sus atributos, la primera postrimeria particular humana. El cuadro *In ictu oculi*, gráficamente es un sepulcro de mármol rodeado de insignias, libros, armas y esfera, y sobre ellas alegorías de la Vida que acaba y de la Muerte que domina; e idealmente representa el Imperio de la Muerte en toda su extensión o espacio, la postrimeria general de la vida creada". Es corriente, entre los críticos de arte, considerar que ambas obras han sido ejecutadas por Valdés Leal, bajo la inspiración de Mañara, cuyo ascetismo, al decir de Méndez Bejarano, es apocalíptico y "cuyas palabras de fuego dejan en el alma la silueta del rayo". Su influencia sobre las dichas obras de Valdés Leal, se advierte en el *Discurso sobre la Verdad*, impreso hacia 1671; los lienzos fueron ejecutados un año después de ver la luz pública el citado escrito, en cuyas páginas se siente todo el hondo sentido filosófico que Valdés Leal imprimió a esas pinturas, anunciándose con desnudo y crudo realismo que la muerte es la eterna soberana e igualadora de todo lo creado.

Derechamente nos dirigimos en seguida al panteón ubicado en el presbiterio, en donde reposan los restos del Venerable Don Miguel de Mañara. Una lámpara de aceite ilumina el lugar muy tenuemente. La hermanita portera nos cuenta muchas anécdotas de aquel insigne varón; anécdotas de piedad, de abnegación y de sacrificios. Nos dice que abandonó la

suntuosa casa paterna de la Calle de los Levías, para no separarse de los pobres asilados, entre los cuales falleció a raíz de una gran epidemia que padecieron los vecinos de Sevilla en el año de su muerte, ocurrida, como ya hemos dicho, el 9 de mayo de 1679. En una blanca lápida de mármol leemos un largo epitafio, que se inicia con estas palabras, insertas en una de las cláusulas de su testamento, publicado por el P. Cárdenas, para que se colocasen sobre una losa de media vara en cuadro: "Aqvi yazen los huesos y cenizas del peor hombre que ha havido en el myndo. Rvegven a Dios por el". En el mismo lugar manda Mañara que sus restos debían inhumarse en el pórtico de la iglesia "para que todos me pisen y huellen; y allí sea sepultado mi sucio cuerpo, indigno de estar dentro del Templo de Dios". Pero la Hermandad, considerando que no debía ser ese el lugar de su eterno reposo, lo trasladó a los pocos meses de su óbito al interior del templo, en el lugar donde hoy se halla.

La luz reverberante de la lamparilla prolonga y engrandece nuestras sombras contra el muro; la hermana portera ha callado, mientras llega hasta nosotros un armonioso sonar de campanillas.

—Hermanita — inquirimos —, ¿es un llamado?

—Es la hora — responde dulcemente — en que los ancianos van al refectorio.

Salimos, en busca de la calle, por una pequeña puerta que nos comunica con los patios de entrada. El sol luminoso e hiriente de Sevilla, agazapado ya, se deja ver en lo alto de los muros; un suave airecillo va despejando de nuestra imaginación todo lo visto y oído, y así llegamos a la puerta de entrada, donde nos despedimos de la hermana portera, quien nos contesta con su dulce sonrisa, que no podemos imitar.

Ya en la calle, reanimamos nuestro espíritu, agobiado por las impresiones recibidas en la tarde. Al doblar por la calle de Dos de Mayo, camino al Postigo del Aceite, divisamos los altos pináculos de la Catedral, ascendiendo hacia el cielo, mientras el Giraldillo de la famosa torre gira a la par del viento.

Sevilla, 1931.

JOSÉ TORRE REVELLO.